

apoderó de la herencia del reinado. El joven rey cuyos plenipotenciarios firmaron la paz de Westfalia no tardó en vengarse cruelmente de la defecion de la Holanda; ese rey era Luis XIV, y con él tuvo la Europa que temer un nuevo dueño más formidable que los Felipes y los Fernandos:

N.º 3.—*La Suecia.*

I.—*Gustavo Adolfo.*

Las Provincias-Unidas no representaron más que un papel secundario en la guerra de treinta años. A pesar de la poderosa diversion con que tuvieron en jaque las fuerzas de España, el protestantismo hubiera sucumbido en Alemania, y toda la cristiandad se hubiese visto esclavizada si Dios no la hubiera enviado por salvador á *Gustavo Adolfo*, héroe de la raza de los Alejandro, que se conquistó las simpatías de los contemporáneos y de la posteridad. Despues de la batalla de Lutzen, un filósofo frances escribió estas bellas palabras como epitafio al héroe sueco: "Si yo tuviese que comparar al gran Gustavo con alguno de los primeros héroes de la antigüedad, lo haría equiparándole á Hércules, mejor que á ningun otro. César y Alejandro no tuvieron por fin de sus empresas más que la ambicion de subyugar muchos pueblos; el rey de Suecia se propuso por fin principal la gloria de proteger á los desgraciados, de hacer bien á los que buscaban su apoyo, y de reprimir la injusta soberbia de los que querían someterlo todo á su capricho," (1). La historia ha confirmado ese juicio entusiasta por la voz de uno de sus más nobles órganos: "Como rey, dice Juan de Müller, como héroe y como hombre merece Gustavo Adolfo un lugar entre los más distinguidos; su gloria no tiene mancha, y la causa de que se hizo defensor le colocó por cima de los Alejandro y los Césares," (2).

En nuestros dias se ha verificado una violenta reaccion contra el héroe sueco; del seno de la Alemania protestante, que celebra á Gustavo Adolfo como el salvador de la Reforma, se han levantado voces acusadoras que intentan rebajar su gloria. El rey de Suecia detuvo el poder creciente de la Casa de Austria, y la guerra, despues de haber

(1) LA MOTHE LE VAYER, *Obras*, t. I. P. IV, p. 410.
(2) J. VON MÜLLER, *der Fürstenbund*, c. XIII.

arruinado á Alemania, produjo la desmembracion del imperio: eso basta para que los partidarios fanáticos de la unidad alemana condenen la memoria del vencedor de Leipzig y de Lutzen, los cuales ven en él un conquistador vulgar que sólo se preocupa de la gloria de las armas; y en su patriotismo, un poco brutal, no se contentan con rebajar á Gustavo Adolfo, sino que le insultan: "¿Qué venía á hacer á Alemania? ¿Quién le había llamado? Nadie: ese pretendido salvador invadió el imperio como un bandolero, á pesar de la oposicion de los príncipes protestantes que no querian su intervencion. ¿Venía acaso á salvar el equilibrio europeo, amenazado por la Casa de Austria? La monarquía universal del imperio era un sueño. ¿Venía á darla libertad religiosa á Alemania? Los protestantes no tenían necesidad de él para conquistarla, y en todo caso es un beneficio de Dios, no un mérito del rey de Suecia. ¿Venía á librar á los príncipes alemanes de la tiranía de Fernando? La constitucion del imperio les daba medios para ponerse al abrigo de la opresion imperial. Ese pretendido libertador hubiera llegado á ser el amo si hubiera sobrevivido; aún despues de su muerte, la Suecia reclamó en el congreso de Osnabruck la tercera parte de Alemania... ¡Librenos Dios de semejantes libertadores!," (1).

Nosotros tambien decimos: ¡Dios libre á las naciones de libertadores extranjeros! Fué esa la gran leccion que la guerra de treinta años dió á la posteridad. La intervencion del extranjero es siempre un mal, aún cuando el libertador se llame Gustavo Adolfo; cuando los pueblos se salven á sí mismos con el apoyo de Dios, que nunca les falta, no tendrán necesidad de que el extranjero venga á libertarlos. Pero hé ahí precisamente lo que los Alemanes no habían sabido hacer. En presencia de la reaccion católica que iba tomando formidables proporciones, los protestantes se habían cruzado de brazos ó habían pasado el tiempo en discusiones teológicas que no conseguian más que agriar y dividir los ánimos. ¿Cuál era en 1630 la perspectiva del protestantismo? ¿Cuáles eran las esperanzas de la reaccion católica? La respuesta á estas preguntas es la justificacion providencial de Gustavo Adolfo. La reaccion católica triunfaba, y

(1) GFRÖBER, *Geschichte Gustav Adolphi*, p. 684, 1016.—BARTOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, p. 6 y sig.—CF. RAUMER, *Geschichte Europas seit dem XVten Jahrhundert*, t. III, p. 626.

el protestantismo retrocedía; ese hecho, que todos los sistemas históricos no lograrán destruir, es decisivo. La Iglesia, por inspiracion de los jesuitas, quería destruir la Reforma, y su triunfo hubiese sido la ruina de la libertad política y religiosa en todos los Estados protestantes. Gustavo Adolfo salvó esas dos libertades, y ese título merece que la humanidad le cuente entre sus héroes y que en vano intenten las pasiones arrebatarle su gloria.

Se acusa á Gustavo Adolfo de haber comenzado la guerra como bandolero, sin la anuencia y aún contra el gusto de los protestantes. No era esa la opinion de los contemporáneos: "El rey de Suecia, dice Richelieu, era un nuevo solnaciente... Todos los príncipes protestantes, ofendidos y despojados, le miraban en medio de su desgracia como los navegantes miran al norte," (1). Desde el año 1614, ántes de comenzar las hostilidades, le habían comprometido los príncipes alemanes á formar parte de la union para la defensa del protestantismo. Ocupado entónces en el Norte con la guerra de Polonia, no pudo ofrecer á sus correligionarios más que buenos deseos. En 1625, los protestantes de Alemania, obligados á buscar recursos en el extranjero, se dirigieron á los reyes de Suecia y Dinamarca; este último, por rivalidad nacional, se apresuró á tomar la delantera (2); pero no era de bastante talla para luchar con un enemigo tal como la Casa de Austria, y despues de su derrota fué cuando Gustavo Adolfo se decidió á entrar en campaña. ¿Tenía razones suficientes para hacer la guerra?

Verdad es que los protestantes no le llamaron: estaban tan desalentados y el emperador tan victorioso, que ni aún tuvieron valor para demandar socorros; fueron necesarias las maravillosas victorias del héroe sueco para inspirarles confianza. Pero ¿era necesario un llamamiento en regla para legitimar la intervencion de Gustavo Adolfo? (a).

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 119, 123.

(2) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. II, p. 137 y siguientes.

(a) Creemos que Laurent se deja llevar aquí, como en muchos otros lugares de su obra, de una prevencion, disculpable en un liberal belga, pero no en un libre-pensador, y ménos en un historiador filósofo. Olvida lo que él mismo sostiene en otro lugar de este mismo libro: que sólo la defensa de un derecho lesionado puede legitimar la guerra. Si á Gustavo no le llamaron los Alemanes, ni la Alemania atacaba ni ofendía á Suecia: la justificacion de la guerra hecha por Gustavo al emperador viene á ser la justificacion de toda guerra hecha por la ambicion ó por otra pasion cualquiera, para disfrazar las cuales siempre sobran pretextos ó sofismas á los conquistadores. Y si la defensa del protestantismo era razon bastante para justificar la

En su carta á los electores de Alemania dice que la caridad cristiana le daba derecho y le imponía el deber de auxiliar á los protestantes oprimidos y despojados por el emperador (1). Y en verdad que si alguna vez se legitima la intervencion, es cuando se trata de salvar la propia libertad y la de los hermanos. Tal era la posicion de Gustavo Adolfo y de todos los príncipes protestantes en frente de la reaccion católica, victoriosa bajo la bandera de la Casa de Austria y que abusaba ya de su victoria. Gustavo Adolfo, á más de gran soldado, tenía los instintos de gran político, y escribió á Oxenstiern: "Todas las guerras que se hacen en Europa no son más que una sola é inmensa guerra... Más vale llevar las hostilidades á Alemania que verse despues obligado á defenderse en Suecia," (2). Victorioso en Alemania, el catolicismo hubiera invadido al Norte; ya había querido el emperador: destronar al rey de Dinamarca, y se había aliado con el rey de Polonia, enemigo mortal de Gustavo Adolfo, á quien disputaba el trono de Suecia. Viendo las cosas á esa altura, Gustavo Adolfo quiso tomar la iniciativa y hacer la guerra en territorio del enemigo, con ventaja para los príncipes protestantes al apoyarse en los fueros del protestantismo, y no quiso esperar á que se le atacase en Suecia. Era una gran política. El rey encontró resistencia por parte de ánimos ménos levantados que sólo comprendían el interés del momento. Oxenstiern quería que Gustavo no se mezclase en los asuntos de Alemania y que continuase su lucha en el Norte, del cual acabaría por hacerse árbitro y dueño. Bajo el punto de vista puramente sueco, el canciller tenía razon; pero Dios no forma los grandes hombres para aprisionarlos en los límites de un estrecho patriotismo; Gustavo Adolfo se consideraba con fuerzas bastantes para mayores empresas, y el mismo Oxenstiern, al desaprobado su proyecto, decía que era una inspiracion divina y una mision (3).

Se acusa á Gustavo Adolfo de haber reanimado, por ambicion personal, la terrible guerra que

guerra de Gustavo Adolfo y de Richelieu, ¿por qué rechaza Laurent esa misma razon cuando se trata de Fernando I, de Felipe II y del papado en general? El error cardinal de Laurent está en que su optimismo fatalista ó providencial le obliga á justificar siempre el éxito, con cuyo erróneo sistema incurre en los mismos vicios de que acusa y con razon á los jesuitas y al catolicismo.—(N. del T.)

(1) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 101.

(2) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 150, 152.

(3) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 154.

asolaba la Alemania. ¡Singular acusación en la boca de un historiador! ¿Dónde está el héroe, por grande que sea, que no tenga su ambición? ¡Dichosos los pueblos cuando esa ambición se halla en armonía con sus más preciados intereses! En la asamblea solemne de los Estados suecos, Gustavo Adolfo protestó ante Dios que emprendía la guerra para librar á sus correligionarios del yugo del papado. Y cuando el emperador se mostró dispuesto á tratar con el rey de Suecia, escribió éste á Oxenstiern que no aceptaría más paz que aquella que asegurase la libertad religiosa á Alemania: "Se necesita una nueva paz de religión, dijo., Para obtenerla, no se le ocultaba que era preciso estrechar de cerca á Fernando y á sus aliados católicos (1). Hé aquí el programa, por decirlo así, de la guerra que debía durar treinta años: restablecer la libertad religiosa de los príncipes protestantes y su libertad política; contener la reacción católica y el poder amenazador de la Casa de Austria: tal era la ambición de Gustavo Adolfo; él mismo lo confesaba á todo momento, y lo repitió en las circunstancias más graves de su vida. Antes de la batalla de Leipzig dijo á sus oficiales: "Que no combatían por intereses temporales, sino por el honor de Dios y de la palabra divina, que los católicos habían oprimido tan cruelmente hasta quererla destruir por completo., Después de la victoria escribió á las ciudades protestantes que le sería fácil ajustar una paz ventajosa con el emperador, pero que una vocación divina le impelia á no abandonar la causa del protestantismo, por la cual daría su vida (2).

Los protestantes saludan actualmente á Gustavo Adolfo como á su salvador. En vano tratan los historiadores de necedad ese culto tributado á un gran hombre; la gratitud de la posteridad es el eco de la de los contemporáneos. Los electores de Sajonia y de Brandemburgo no se habían sometido sino con mucha pena al genio del héroe sueco, y, sin embargo, en los primeros momentos después de su muerte, la verdad les arrancó confesiones que la historia debe consignar: declararon que, entregados á sí mismos, no hubieran podido resistir á la Casa de Austria, y que debían su salvación á Gustavo Adolfo, después de Dios (3). ¡Hé

(1) GEYER, *Geschichte von Schweden*, t. III, p. 165, 176.

(2) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, páginas 204, 218, 224, 305-307.

(3) CHEMNITZ, *Der grosse schwedische Krieg*, t. I, p. 293.

ahí testimonios irrecusables! ¿Hay que investigar después de eso lo que hubiera hecho el vencedor de Fernando si no hubiera muerto en el campo de batalla? Los historiadores modernos examinan con cierta prevención las palabras y los actos de Gustavo Adolfo para penetrar pensamientos que su tumba no dió tiempo á que se manifestaran, y están de acuerdo en que el héroe sueco aspiraba al imperio (1). Nosotros creemos de buen grado que, ayudándole la victoria, el vencedor hubiera pensado en ocupar la plaza del vencido; pero la Alemania y la humanidad, ¿qué hubieran perdido en cambiar á Fernando II por Gustavo Adolfo? No insinuaríamos siquiera la cuestión si no la hubiera planteado el gran poeta que ha escrito la historia de la guerra de treinta años. Schiller es de opinión que la Casa de Austria, iniciada en las tradiciones alemanas por efecto de un reinado secular, convenía mejor á la Alemania que el rey de Suecia. Gustavo Adolfo, dice, hubiera gobernado á lo conquistador, en vez de respetar los derechos de los príncipes como jefe por ellos elegido. El historiador poeta olvida que Fernando II no se distinguió por su respeto á los derechos adquiridos; el despojo del elector palatino y la destitución brutal de los duques de Mecklemburgo presagiaban al imperio la ruina completa de su constitución, si el guerrero sueco no hubiese venido á poner término á la arbitrariedad imperial. La Casa de Austria no mantuvo la integridad del territorio mejor que sus leyes fundamentales. Con Gustavo Adolfo, el imperio hubiese quedado intacto; defendía sus intereses con tanto celo como si hubiese sido ya emperador. La Francia, que ansiaba la Alsacia, declaró al rey de Suecia que se proponía reivindicar la herencia de los reyes francos, y Gustavo respondió que no había venido á Alemania como enemigo traidor, sino como protector, y, por tanto, no podía consentir que se la disgregase una sola aldea (2); ni aún quiso consentir que un ejército francés sentara el pie en territorio del imperio. El engrandecimiento del héroe sueco no hubiese tenido que temer á la Alemania, sino á la Francia; la muerte de Gustavo fué una fortuna para Richelieu: "Ha preservado, dijo, á la cristiandad de muchos males," (3). Para los que conocen el patriotismo

(1) GFRÖRER, *Geschichte Gustav Adolphi*, p. 931, 932, 935, 936.—AD. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VII, p. 321.

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei*, t. XII, p. 337.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 272.

exclusivo del cardenal, es evidente que tenía por Francia la ambición de Gustavo Adolfo. Y tenía razón bajo el punto de vista francés; pero ¿la tenía bajo el punto de vista de la humanidad?

Preguntar qué hubiera sido el mundo occidental bajo un emperador protestante es una pregunta harto ociosa; pero ya que un ilustre poeta se pronuncia contra Gustavo Adolfo, preciso es tomar su defensa, aún en el terreno de la hipótesis. No somos partidarios fanáticos del protestantismo; en nuestra opinión, el luteranismo intolerante que reina en Suecia no vale mucho más que el catolicismo romano. Pero ¿es cierto, como dice Schiller, que Gustavo tenía el espíritu estrecho de un sectario? Su vida entera prueba que, sin embargo de conservar el sentimiento religioso, su ánimo era superior á las pasiones que agitaban á sus contemporáneos, y se puede asegurar que hubiera dado la preponderancia al protestantismo sin oprimir la fe católica, y que la cristiandad hubiese gozado un siglo antes de verdadera tolerancia, es decir, de la libertad de pensar. También hubiera sido diferente de lo que fué el destino político de la cristiandad. Richelieu no hubiera desmembrado el imperio, y la Francia no hubiera conquistado la preponderancia que más de una vez puso en peligro la independencia de Europa. Por efecto de la libertad religiosa se hubiera asegurado la libertad política; no habría habido revocación del edicto de Nantes ni las terribles dragonadas, y quizá una revolución pacífica hubiera impedido la gran tempestad que al fin del siglo XVIII conmovió el mundo. Tales son las esperanzas que Gustavo Adolfo enterró en su tumba. ¡Lamentos estériles, es verdad, pero que prueban, al ménos, que el héroe sueco era superior á su siglo! Los hombres que se adelantan á la humanidad no están llamados á gobernarla; hé ahí por qué Dios llamó hácia sí al vencedor de Lutzen (a).

II.—La Suecia después de Gustavo Adolfo.

Después de la muerte de Gustavo Adolfo quedó la Alemania entregada á todas las calamidades de la guerra más horrible. Se diría que el sol ha-

(a) Al lector reflexivo ya le parecería extraño que el autor viniese aquí abogando por lo que no se había realizado; pero ya verá que Laurent no es inconsecuente. Si Gustavo no realizó su plan, es porque no debía realizarlo, conforme á los altos designios de la Providencia.—(N. del T.)

bía desaparecido con aquel genio benéfico, y que las malas pasiones habían venido á reinar en medio de profundas tinieblas. Los hombres se atormentan, se destrozan y destruyen la obra de Dios, costando trabajo muchas veces dar con el objeto de aquellas devastaciones y de aquella carnicería que aún duró por espacio de diez y seis años. ¿Habrá que acusar, como lo hacen los historiadores alemanes, á la ambición de los Suecos? La Suecia, abandonada sucesivamente por sus aliados alemanes, estaba dispuesta á hacer la paz, pero quería una paz honrosa, y esta paz no la pudo obtener. El elector de Sajonia, después de haber hecho traición en Praga á sus aliados, hubiera querido echarlos del territorio del imperio, así como se licencia á soldados mercenarios, y hubiera querido despedirlos sin pagarles. Aquella era una infamia, y los Suecos tomaron las armas y prosiguieron la guerra por punto de honor. ¿A quién hay que imputar la desastrosa guerra que aniquiló á la Alemania y la desmembró? Al elector de Sajonia y á su aliado el emperador.

Gustavo Adolfo declaró á los habitantes de Nuremberg "que no pedía nada á sus amigos más que agradecimiento; pero que lo que él tomara al enemigo contaba con guardárselo, y que no se contentaría con algunos meses de sueldo, como un mercenario," (1). Después de la muerte del gran rey, la conservación de sus conquistas se hizo problemática. Los Estados de Suecia fueron de parecer que convenía una paz honrosa y segura; no se mostraban muy exigentes en punto á las condiciones; y dispuestos á renunciar á toda indemnización territorial, se contentaban con la amistad de Alemania, con tal que quedase garantida por medio de un tratado. El canciller Oxenstiern se dirigió directamente al jefe del imperio para entablar una negociación, pero no se dignó contestarle. Para los Suecos era indigno y poco seguro tratar con el duque de Sajonia; no siendo con él la guerra, sino con el emperador, era con éste con quien se necesitaba negociar. La reina de Suecia escribió al elector que la paz de Praga se había hecho sin el concurso de los Suecos y con desprecio de los compromisos contraídos, y declaró que se defendería hasta el último extremo contra actos de aquella especie, protestando que declinaba su responsabi-

(1) GEYER, *Geschichte von Schweden* t. III, p. 206.

dad al sostener su honor contra el tratado humillante que se la quería imponer (1).

La defección del elector de Sajonia hacía imposible la paz. En vano se contentaba la Suecia con una paz honrosa. ¿A quién pedirla? ¿Al emperador? El emperador no podía otorgarla: ¿había de dar su amistad á los Suecos, que habían estado á punto de quitarle el imperio? ¿Indemnizaría él á los Suecos por el trabajo que se habían tomado para destruir su poder? Los Suecos no podían obtener la paz sino como vencedores, y la muerte de su rey y despues la derrota de Nordlingen habían comprometido su posición en Alemania; pero ésta no era tan desesperada que pudiera arrojárseles de imperio, como quería hacerlo el elector de Sajonia. Por eso la guerra continuó necesariamente; valía más batirse, á riesgo de ser vencidos, que aceptar las condiciones humillantes de una derrota, mientras que tenían las armas en la mano. «Los Suecos, dice Richelieu, resolvieron defenderse y dejarse arrancar por fuerza lo que tenían adquirido con tanta gloria y á costa de tanta sangre ántes que entregarlo cobardemente», (2).

Se acusa á los Suecos de haber perdido de vista el objeto primitivo de la lucha, la libertad Alemana, para no pensar más que en su interes particular. Aunque así fuera, no tendrían derecho de quejarse los príncipes protestantes, siendo ellos los que habían abandonado y hecho traición á su aliado. Pero el cargo que se hace á los Suecos no es fundado. Verdad es que hicieron pagar cara á los Sajones la traición de su duque; pero no olvidaron por eso los intereses del protestantismo; al contrario, fueron sus defensores obstinados en las negociaciones de Osnabruk, y de ello se quejaban los plenipotenciarios franceses, que se veían comprometidos por aquel celo ultraluterano: «El designio de los Suecos, dice el conde de Avaux (3), es establecer la fe de Lutero aún allí donde no ha sido predicada por el gran apóstol.» Su ambición era siempre la de Gustavo Adolfo: erigir sus posesiones alemanas en electorado, con lo cual los protestantes tendrían mayoría en el colegio electoral, pudiendo contar con que la elección recaería en el príncipe de Suecia (4). De esa manera se hubiera

(1) CHEMNITZ, *Der grosse Schwedische Krieg*, t. II, p. 575-777 862-865 y siguientes.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. IV, p. 3.

(3) *Memoria del conde de Avaux de 1647 (Negociaciones secretas para la paz de Munster)*, t. IV, p. 29, 34, 27, 38, 59, 62.

(4) «Querrian destruir la religion católica», dice el duque de Longueville (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83).

realizado la idea de un imperio luterano, con grave peligro del catolicismo. Tales proyectos fracasaron por la oposición de Francia. La Francia no quería un imperio protestante, como no quería un santo imperio católico; quería la libertad alemana, es decir, el abatimiento de la Alemania: era una ambición interesada, ciertamente; más por fortuna hay un gobierno providencial que, por cima de las pequeñas pasiones del hombre, lo encaminaba todo al bien general de la humanidad, hasta el egoísmo de los pueblos y el de aquellos que rigen sus destinos.

§ V.—La Francia.

N.º 1.—El gran proyecto de Enrique IV.

La dominación napoleónica ha provocado un odio ardiente en la raza germánica; los escritores alemanes llevan esa mala pasión hasta el estudio de la historia; se complacen en descubrir la ambición secular de la Francia por querer llevar sus fronteras al Rhin; examinan el éxito de sus intrigas y de sus armas, y acusan la imprevisión que apellidan necedad de sus antepasados al dejarse engañar por las bellas palabras de sus pérfidos vecinos. ¿Cómo podían creer en la buena fe de un Enrique II cuando se proclamaba defensor de la libertad alemana? La libertad jamás es un regalo del extranjero. ¿Cómo pudieron aliarse con Enrique IV para establecer su confederación europea? ¿No veían que el único fin del rey gascon era establecer la monarquía universal de los Franceses sobre las ruinas del imperio de Alemania? Enrique IV es el verdadero autor de la guerra de los treinta años. La desmembración del imperio, fruto de aquella funesta lucha, enseña lo que significa la palabra libertad en boca de los reyes de Francia (1).

Volvamos un instante á la cesión de los tres obispados, puesto que esa llaga aún está viva y brota sangre en los corazones alemanes. La ambición de la Francia y la hipocresía de su rey son claras como la luz del día; pero se olvida que si la libertad alemana fué un buen pretexto para los Franceses, no era ménos efectiva la opresión que amenazaba á la Alemania bajo el régimen español. En el tratado concluido entre Enrique II y los príncipes protestantes se dice: «El emperador trata de obligar cada vez más á los príncipes y Estados

(1) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, p. 2.—F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* lec. xv.

del imperio á que decaigan de sus antiguas franquicias y libertades, y se constituyan en una bestial, insoportable y perpetua servidumbre, como lo ha hecho en España y en otras partes: de modo que si no se le pone obstáculo á sus proyectos, acabará fácilmente por realizar lo poco que de ellos le falta... Queremos, pues, con la ayuda de Dios y la fuerza de las armas, ladear de nuestros cuellos ese yugo de bestial servidumbre, y reconquistar las antiguas franquicias y libertades de nuestra cara patria y de la nación germánica», (1). El despojo del elector de Sajonia y el cautiverio del landgrave demuestran que las aprensiones de los príncipes alemanes no eran infundadas; no es, por lo tanto, cierto que se dejáran engañar por el rey de Francia: Mauricio, harto hábil para engañar, no era hombre para desempeñar el papel de incauto; y si apeló al extranjero, es porque sabía bien que los protestantes no eran capaces de resistir á Carlos V; y no pudiendo salvarse á sí mismos, no había más remedio que aceptar el apoyo del extranjero y pagarlo con el sacrificio de una parte del imperio.

Enrique IV se apoderó de los proyectos de los Valois, dándoles la extensión de su genio; pero el puñal de Ravillac estorbó la ejecución y dejó algunas dudas acerca del alcance de lo que él llamaba su gran proyecto. Sully, su amigo, nos ha dejado una especie de utopía política, de la cual habrémos de ocuparnos más adelante; pero aquella no era la idea práctica que su jefe pensaba realizar. La política, sin perjuicio de inspirarse en lo ideal, debe limitarse á lo posible, y bajo este punto de vista es fácil determinar el verdadero fin que perseguía Enrique IV. Antes de su advenimiento al trono había tratado de unir los Estados protestantes contra la Casa de Austria; despues de su conversión no había ya motivo religioso para formar una liga protestante; pero el temor de una monarquía universal bastaba para legitimar la alianza de los príncipes y de las repúblicas que podían temer la ambición de una potencia preponderante. Por eso creemos que Sully expresa fielmente los sentimientos del rey cuando dice: «Nada tenía tan bien grabado ni tan vivamente impreso en el corazón como el hacer una firme y sólida alianza con todos los reyes y Estados del partido frances (la mayor parte de los cuales sabía bien que eran de

su religion, ó, por lo menos, enemigos de Roma y de España), para la destrucción de aquella Casa que continuaba en el proyecto comenzado por Carlos V, á fin de estorbar, por fuerza ó por astucia, la monarquía de la cristiandad», (1).

El gran proyecto ¿se limitaba, como dicen los historiadores alemanes, á reemplazar la dominación española con la dominación francesa? Para apreciar la política de Enrique IV no tenemos más elementos de prueba que las confidencias de Sully; y aún tomando al pie de la letra sus proyectos de reorganización europea, nada vemos en ellos que justifique la acusación dirigida contra él. La Francia hubiera obtenido la Saboya, la Lorena y algunas provincias de los Países-Bajos españoles; ni aún se extendía hasta el Rhin su frontera, esa ambición tan acariciada por la nación francesa y tan odiosa para la Alemania; y en cuanto al reparto de los Países-Bajos, era más provechoso á la Holanda y á la Inglaterra que á la Francia. En realidad, no era aquel un proyecto de Enrique IV, sino una idea de antiguo concebida por Carlos IX. Tampoco era el gran proyecto un acto de despojo, sin otra legitimidad que la de la fuerza. Realmente la coalición iba dirigida contra la rama española de la Casa de Austria más que contra la rama alemana, tratándose de quitar á aquella los Países-Bajos y la Italia. ¿Tenía Enrique IV justo motivo para hacerla la guerra? Esa es toda la cuestión. Ya hemos dicho que la paz de Vervins no impidió que la corte de Madrid continuase sus intrigas en Francia, excitando á los grandes del reino y á los restos de la liga contra el rey. Irritado Enrique IV por aquella sorda guerra, dijo á Sully: «Yo creo que esas gentes no me dejarán en paz mientras que tengan medios de turbarme; que los intereses de Estado son difíciles de armonizar entre las dos coronas, y que hay que fundar nuestra seguridad en cosa más firme que la confianza en palabras empeñadas; ellos me obligarán á cosas en que no había pensado», (2). Richelieu, al hacer constar el estado de hostilidad que existía entre Españoles y Franceses con las exterioridades de paz, hace observar cuán desastroso era para Francia aquel estado: «Desde el tratado de Vervins hemos estado siempre por su malicia más bien en guerra defensiva que

(1) SULLY, *Economías régias, políticas y militares*, t. II, página 284, (edición de Amsterdam).

(2) POIRSON, *Hist. de Enrique IV*, t. II, p. 928-931.

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, p. III, p. 31.